



www.loqueleo.es

© Del texto: 2026, Sergio Hernández. Autor representado por
EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria.

© De las ilustraciones: 2026, Amelia Navarro

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana
Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-654-3

Depósito legal: M-12033-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son
reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea
de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma,
o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático,
desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales
de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo
excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

RAVEN ALLAN POE

SERGIO HERNÁNDEZ

ILUSTRACIÓN
AMELIA NAVARRO

loqueleg

En estos momentos estoy atrapada en un callejón del 5
barrio de Bloomsbury, Londres.

Una criatura horrible, de más de dos metros, camina hacia mí con la ropa hecha pedazos. Tiene ojeras, un sombrero de copa y está muy pero que muy enfadado. Algo así como si Hulk no hubiese dormido la siesta.

Sus pies retumban contra el suelo.

Da un paso, luego otro, y otro más, hasta que apenas nos separan unos centímetros. No hay salida ni nada que hacer.

Lo miro a los ojos una última vez y me veo reflejada en sus pupilas rabiosas. Sí, ahí estoy yo: Raven Allan Poe, de doce años. La descendiente del aclamado, del prestigioso, del enigmático (y también bigotudo) escritor Edgar Allan Poe.

¿Cómo? ¿Que no sabéis quién es? ¡Pues el autor de misterio más importante de todos los tiempos! O el inventor de las historias de detectives, ¡sin ir más lejos!

Y sí, sé lo que estáis pensando:

«¡Oh, vamos, Raven! Tú eres la protagonista de esta historia, tienes que sobrevivir, tienes que correr grandes aventuras. ¡No puedes morir ahora!».

6 Y creedme que yo también lo pienso, pero no hay ningún lugar al que pueda escapar. Ni siquiera los profes del internado se imaginan cómo he terminado en este callejón sin salida. ¡¡Estoy perdida!!

Se acabó eso de atiborrarse de nubes de chuchería hasta la madrugada.

Se acabaron las tardes tocando la guitarra hasta enfurecer a los vecinos.

¡Oh! Y también lo de quedarme embobada con los ojos azules de Daniel Parker, mi estúpido y adorable compañero de pupitre.

Maldita sea. Tengo que salir de aquí. Aunque solo sea para contarle a esos idiotas de clase lo que tantos años llevo sospechando:

¡Los monstruos sí existen!

¿Pero qué tal si empezamos por el principio?

7

Formo parte de la familia Allan Poe —o formaba, aunque de eso ya os hablaré más adelante—, lo que significa que, durante generaciones, el misterio ha corrido por nuestras venas. Y, por «misterio», no me refiero solamente al talento que tenemos para meternos en líos, sino a que los Allan Poe llevamos años ocultando secretos.

Eso, claro, no lo sé por mis dotes de detective, sino porque me lo ha dicho mi abuelo Ben.

A mi abuelo le encanta ser un Allan Poe y es todo un estudioso de los libros de Edgar, como él lo llama. Quizás porque le encantan las historias de detectives. O quizás porque el abuelo de su abuelo era el mismísimo Edgar Allan Poe.

Como mis padres siempre están de aquí para allá, viajando por todo el mundo por sus negocios, mientras vivía con ellos, pasaba todo el tiempo que no estaba en el cole con él. Todos viven a las afueras de Baltimore. ¡En nada más y nada menos que los Estados Unidos!

8 Puede que suene muy guay, pero creedme cuando os digo que es como cualquier otro lugar del mundo, con la diferencia de que solo allí se encuentran los mejores perritos calientes del planeta. Bueno..., ¡y la mansión de los Allan Poe, donde me crie! Aunque a eso llegaré más tarde, tranquilos.

Lo importante es que esta historia —mi historia— comenzó el día en el que cumplí doce años, un veintiocho de agosto. Y desde que abrí los ojos aquella mañana, supe que mi vida estaba a punto de ponerse patas arriba.

Junto a mi mesita de noche, al despertar, encontré una carta de color negro.

En ella, con una caligrafía perfecta, me esperaba un mensaje escrito en tinta roja:



Feliz cumpleaños, Raven.

Ven a casa y busca el tiempo perdido.

Solo entonces estarás un paso más cerca de tu regalo.

10

La letra era inconfundible: el abuelo Ben. ¿Qué sorpresa me tendría preparada? Y lo más inexplicable de todo: ¿cómo había conseguido hacerme llegar esa carta?

Me puse una camiseta negra, unos vaqueros y la chupa negra de papá. Luego cerré la ventana y bajé corriendo las escaleras con una sonrisa en la cara.

—¡Papá, mamá, mirad lo que...! —chillé al llegar al comedor.

Pero allí no había nadie. Solo el eco de mi propia voz y una casa vacía que llevaba días cogiendo polvo.

¿Es que acaso se habían olvidado de mi cumpleaños? No, eso no era propio de ellos.

Resignada, me acerqué hasta el calendario y comprobé que debían volver de su último viaje de negocios esa misma tarde.

No era el primer cumpleaños que se perdían, aunque tenía la esperanza de que fuese el último porque no

tenerlos a mi lado me afectaba mucho más de lo que me gustaba reconocer en aquel entonces.

Volví a ojear la carta de mi abuelo y me lancé a la calle para recorrer la distancia que separaba nuestra casa de la mansión Allan Poe, donde este vivía.

No era la primera vez que mi abuelo Ben me preparaba un desafío como ese. Pero eso era, claro, porque mi abuelo no era un abuelo cualquiera. Él era un abuelo especial.

11

Juntos habíamos leído todos los libros de su extensísima biblioteca, estudiado los casos de los mejores detectives de la historia y practicado algunos de los deportes más trepidantes del mundo. Porque, como él siempre decía, «un Allan Poe debe ser tan astuto como Sherlock Holmes, pero estar tan en forma como Indiana Jones, ya que nunca sabe a qué se va a enfrentar».

Gracias a él había sido la primera de clase en aprender a leer, la campeona de las olimpiadas de mates y también la que mejores notas sacaba en ciencias. Aunque, claro, no es que eso me hubiese labrado una reputación demasiado..., ¿cómo decirlo?, ¿popular, quizás?

El caso es que sin él y sin el tiempo que pasábamos juntos, jamás me habría convertido en quien soy a día

de hoy. Por eso, cuando recorrí las afueras de Baltimore y crucé la calle para llegar hasta la mansión de los Allan Poe, una ilusión tremenda corrió por todo mi cuerpo.

¿Qué tenía preparado para mí esta vez? ¿Cuál sería ese regalo con el que celebrar mi duodécimo cumpleaños?

12 Decidida a descubrirlo, atravesé la verja que separaba la mansión de la carretera. En una inquietante letra gótica, el lema de la familia coronaba la valla: «Los monstruos más terribles son los que se esconden en nuestras almas».

Después me adentré en el jardín, repleto de esculturas vegetales. Las había con forma de jirafa, de gigante... ¡y también de dragón escupiendo una enorme bola de fuego!

Los pájaros, desperdigados por los árboles que envolvían la mansión, no paraban de cantar, como si hubiesen advertido mi llegada. Y los gatos, que dormían a sus pies, me lanzaron una mirada de curiosidad antes de seguir durmiendo.

Las torres afiladas, apuntando hacia las nubes, le daban a aquel edificio un aspecto digno de una gran novela de terror. Lo que, bien pensado, no estaba tan mal.

Al llegar a la puerta sonreí y toqué el timbre.

¡DIIIIING!

¡DOOOOONG!

Y luego, un largo silencio.

—Mmmmm, qué raro...

Llevada por la curiosidad, giré el pomo de la puerta, que no ofreció resistencia alguna, y se abrió con un chirrido. Mi abuelo debía haberla dejado abierta para mí.

13

En aquel momento no lo sabía, claro, pero mi vida, tal y como la conocía, estaba a punto de cambiar para siempre. Y mi regalo de cumple iba a ser el responsable.